

# C A R A Y **Por IGNACIO AGUSTI** C R U Z

**A**L cruzar el mapa de España por carretera, uno advierte en los poblados y en las villas una nueva arboladura metálica en la altura de las casas. Son extravagantes y variadas figuras, lineales y geométricas, con un breve destello de sol, como arbitrarios pararrayos de formas paralelas y entrecruzadas. Como el rayo se mete en las casas, hasta el fondo del pozo, y queda allí sojuzgado, así se mete hoy la imagen en los interiores domésticos. En la ciudad, los grandes edificios ostentan múltiples antenas, de diversa estructura; pero no todos los aparatos de televisión se manifiestan a la intemperie por medio de su anzuelo metálico. La mayoría no precisan —o prescinden— del lujo de la antena visible. La imagen es atraída en muchos casos por antenas de menor alcance, sobre el mismo aparato. Pero las visibles y ostensibles antenas que descubrimos a nuestro paso, por las calles de la ciudad o al cruzar las poblaciones, son la exhibición de un fenómeno absolutamente nuevo, que tiene innumerables implicaciones sociales, incalculables consecuencias de todo orden. Una comunicación comunitaria y popular se ha establecido a través del espacio por la superficie del mundo y no hay rincón sustraído a la oleada mágica de la imagen y del espectáculo, que se mete en todas las casas, que ya forma parte de nuestra intimidad.

Cuando con un oído asombrado, atrapábamos en nuestra mocedad el eco huido, que iba y volvía de los primarios aparatos de galena de fabricación casera, no podíamos sospechar la consumación, relativamente rápida, del milagro en que vivimos, cuando no ya el sonido, sino la imagen es transportada y servida por corrientes invisibles a través del espacio. Aquellos primitivos aparatos, que en el interior de un guijo mineral de reverberaciones cristalinas parecían contener la posibilidad del sonido con sólo el certero pinchazo de un cabo de alambre, ponían de pronto a nuestro alcance lo que estaba más allá del silencio inexcrutable de los espacios. La música sutil que se escuchaba a veces, sólo a veces, era un portento de comunicación misteriosa entre el "yo" solitario y los demás, que hasta entonces habían permanecido tras una miralla opaca de silencios. El radioescucha era llamado así porque, para alcanzar un sonido lejano, debía de susurrarse a cualquier acoso acústico cercano mediante una pareja de auriculares, como los que hoy sólo vemos usar a las bizarras telefonistas de algunos hoteles. La doble carcasa de los radioescuchas contenía el murmullo difícil del mundo, en ondas fluyentes como las del mar, —mas poderosas y las otras sumisas. Nadie podía entonces prever que sería posible unir la imagen visual a los ecos indecisos, hasta crear en torno nuestro la vigencia y la presencia del realismo circundante.

Y hoy, el mundo parece haberse transformado por esa razón. El portento se ha consumado. La autenticidad de un mundo que podemos escuchar y que podemos presenciar en imágenes forma parte de nuestro domicilio y de nuestra vida cotidiana. En los países más prósperos y adelantados basta con pulsar o mover un disco en el aparato para que la elección de lo que se va a ver dependa del humor o de las preferencias de cada individuo. En las grandes ocasiones un mismo programa puede ser presenciado por docenas de millones de espectadores sin moverse de casa. Los atisbos de un tiempo en que una imagen pueda inundar al mundo entero en el mismo momento en que se produce, han empezado a ser ensayados; la imagen es rebotada

otra vez a la tierra desde la órbita de un pequeño planeta artificial y parece que nos llegue húmeda y candente, pero cierta, de los espacios cósmicos. La imagen de la televisión no es, pues, un servicio a ras de tierra, sino que está alimentado por la terrible proyección estelar. Algún día la imagen del hombre, hasta hoy habitual y casera, será observada tal vez a millones de kilómetros de distancia, como una luz privilegiada entre tinieblas infinitas.

Pero, sin huir de la tierra, el acontecimiento es ya trascendental. No es necesario citar estadísticas para advertir el auge sin medida de la televisión en el mundo y en nuestra propia tierra. Las antenas que contamos en la ciudad o en los pueblos no nos dan más que un índice incompleto de esa estupenda demasia. En centenares de millares de casas y aun en millones de casas de nuestro país hay un televisor, que es puesto en funcionamiento para ser contemplado en colectividad doméstica y que resulta ser compañía familiar y centro de gravedad de los ocios para los grandes y para los chicos. Incluso los espacios que pudieran resultar más áridos de la imagen son sorbidos ávidamente. Los

## LA TELEVISION MAGIA MODERNA

dibujos y los "slogans" de los anuncios se tornan botín imaginativo para los pequeños. Hay una muñeca que reproduce el gracioso croquis de determinada figura, anunciadora de no sé qué producto. Frases publicitarias son canturreadas por nuestros chiquillos y se filtran en nuestra memoria sin que lo busquemos. Cada página visual de la televisión tiene una muchedumbre incalculable de adictos. Y se crea una imagen universal de coincidencias, un lenguaje sinónimo del que participan gentes de toda condición, en el que se encuentran socialmente unidos los más dispares elementos de la sociedad.

En muchos pueblos a los que, hasta ahora, los medios de comunicación no habían conseguido aunar al conjunto social —en esos villorrios de los que sólo parecemos tener noticia inexacta en las llamadas novelas sociales, las que hoy se estilán—, el fenómeno de la televisión ha producido unas consecuencias sorprendentes. Ocasionalmente nos hemos parado, a veces, en nuestro camino, en zonas áridas de la geografía española, casi con ánimo de atrapar y de sorprender aquello que, por filiación, pudiera parecer que está en los antipodas de nuestra propia y contingente estructura social. Nos ha sugerido el espectáculo paradójico que plantea en tales centros la presencia

de la televisión. La taberna o la parroquia son los únicos lugares en que campea la imagen televisiva. Y allí se reúne el pueblo, absorto en las mismas imágenes que, en aquel mismo instante, hechizan a la muchedumbre urbana, tan distante psicológica y socialmente de la gente rural y del ámbito dificultoso y agreste. La televisión en España es relativamente reciente, pero no pasarán muchos años sin que este proceso de complicidad y de comunidad rinda consecuencias insospechadas.

### eficacia social

Las imágenes que nos ofrece la televisión en sus programas están obligadas por naturaleza a procurarnos una distensión consecuente y un solaz uniforme; y deben, por consiguiente, tener una capacidad media de sugestión que atraiga a todos, al término medio de la sociedad. Esa atracción se produce unas veces por el acopio de bellos sentimientos, de intrigas apasionantes otras veces, de variedades y de frivolidades en otras ocasiones. Pero siempre con la aportación de figuras y de sucesos de interés universal y comunitario. La figura de los actores y de las actrices, el dinamismo de ciertos "shows", el "gancho" de los espectáculos televisivos debe aspirar a atraer a todos con un afán de noble vulgarización. He aquí, pues, que en la televisión es difícil imponer el estilo minoritario y a veces fraudulento de determinadas especies del arte actual y, especialmente, del arte narrativo en boga. Al propio tiempo, en el índice medio de la mentalidad o de las entendaderas del espectador, es cosa sabida que prevalece una aspiración positiva y elevada. Nadie aceptaría con gusto que las "speakers" de la televisión, tan graciosas y tan bellas, fueran de pronto sustituidas por otras en las que los dones de la naturaleza y de la juventud fueran menoscabados. En la televisión todos aspiramos a contemplar prototipos escogidos, una selección de hermosos elementos. Ahora bien: el contagio de las bellas imágenes y de las bellas figuras, el mensaje de las aspiraciones intelectual y estéticamente privilegiadas, no tarda más que una milésima de segundo en llegar al más solitario y áspero rincón del área geográfica. Por tanto, ya advertimos en la vastedad del ámbito los síntomas de esa alentadora influencia. Las muchachas de los lugares apartados propenden ya a improvisarse una apariencia "televisiva", y el hombre, en todo el mapa, siente un afán de ilustración y de cultura que antes no sentía. Sabemos bien que no toda la cultura es, como pensaban nuestros abuelos, una cultura libresco. La cultura está en el nivel medio de sociabilidad y de conexión con los demás, en el logro de unos conocimientos elementales, que no es necesario que sean de tipo intelectual, sino simplemente social; quizá la cultura media no sea más que el ejercicio habitual y espontáneo de la perniciosa "urbanidad", aunque no sea ésta la palabra más oportuna para definir el concepto.

La influencia y la trascendencia de la televisión es, pues, primordialmente sociológica. Vivimos la época de las grandes extensiones y expansiones en la política de los pueblos, en los hallazgos de la ciencia y de la técnica, en los movimientos de la cultura y de la sensibilidad popular. La televisión resulta ser, a la vez, el vehículo eficaz y el símbolo del sentido expansivo y generoso de nuestro tiempo.